

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 35, 1-6a.10): *Sed fuertes, no temáis.*

Salmo (145, 7.8-9a.9bc-10): *«Ven, Señor, a salvarnos»*

2ª lectura (Santiago 5, 7-10): *Manteneos firmes.*

Evangelio (Mateo 11, 2-11): *Id, anunciar lo que estáis viendo.*

Los “signos de los tiempos” es una expresión, inspirada en Mateo 16, 3, acuñada por el papa Juan XXIII en su encíclica “Pacem in terris”; y en la convocatoria del Concilio Vaticano II e introducida en la Constitución Pastoral de la Iglesia en el Mundo actual, como signo de esa actitud fundamental de la Iglesia ante el mundo que no es de condena, ni de pesimismo, sino de escucha y de observación, con una gran simpatía.

En el texto conciliar aparece en dos números (4 y 11), en los que explica a qué se refiere al hablar de los signos de los tiempos, y qué se entiende por discernir tales signos. La realidad a que se refiere son: «los acontecimientos, las exigencias y los deseos más significativos, con el fin de descubrir los verdaderos signos o planes de Dios»; para ello, se precisa «escrutarlos a fondo e interpretarlos a la luz de Evangelio».

Según esta perspectiva conciliar, la vida, los acontecimientos no son una realidad opaca, sino verdaderos signos de la presencia de Dios y, por tanto, se convierten en fuente de encuentro con Dios; pero no solo son fuente de espiritualidad, sino que la vida ordinaria, cotidiana son lugares privilegiados de evangelización y de transformación social.

La Iglesia gira, sobre dos ejes: uno, Jesucristo, centro y fundamento de todo existir cristiano; el otro, la persona humana en su realidad concreta. Los dos son fundamentales e inseparables; desestimar a alguno de los dos focos supondría la desfiguración de la Iglesia. De ahí la importancia de la adaptación del mensaje a las actuales condiciones, y el estar muy atentos a los “signos de los tiempos”.

Juan Bautista está en la cárcel. Allí se entera de las obras que realiza Jesús, y manda a dos discípulos a preguntarle: *«¿Eres tú el que tenía que venir?»*. Jesús se limita a exponer lo que está sucediendo: *«Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan.../... y dichoso el que no se escandaliza por mi causa»*. Jesús está convencido de que la acción misericordiosa de Dios actúa con poder, curando y defendiendo la vida de los desgraciados. Esto es lo que sucede. Se está cumpliendo lo que había prometido Isaías.

Dios se nos revela como el amigo de la vida. Muy importante recordar esta característica de Dios en estos momentos de gran sufrimiento causados por la crisis. Jesús con su forma de actuar entusiasmó a los campesinos de las aldeas de Galilea. Para Jesús lo importante, lo prioritario es la vida de las personas, no la religión, ni el sistema.

Al oír hablar a Jesús y, sobre todo, al verlo curar a los enfermos, liberarlos de los malos espíritus y defender a los más desgraciados, se tiene la impresión de que Dios se interesa realmente por sus vidas y no tanto por las cuestiones religiosas, Jesús no las desprecia, las respeta, pero no son lo prioritario para su Padre Dios. Lo prioritario es la vida de sus hijos, los hombres.

Aquellas pobres gentes captan en Jesús algo original y nuevo. Y hay algo importante a resaltar. Jesús no cura para acreditar su mensaje o reafirmar su autoridad, sino *“movido por la compasión”*. Las curaciones más que una prueba del poder de Dios son signos de su misericordia.

Jesús no se limita solo a curar y liberar de los espíritus perversos, sino que dio a su actividad una interpretación, que hoy diríamos una lectura teológica de la realidad. Jesús ve en todo ello el signo de un mundo nuevo. Frente al pesimismo que impera en los profetas de calamidades, que ven todo negro, contagiado por el mal, Jesús anuncia algo novedoso: Dios está aquí actuando. La curación de los enfermos y la liberación de los espíritus malos, son su reacción contra la miseria, anuncia ya la victoria final de la misericordia divina, liberando al mundo de su destino final.

En todo esto hay otro dato importante a resaltar en la actividad de Jesús. Su primera mirada no se dirige al pecado, sino al sufrimiento. Aquí aparece una notable diferencia respecto a la actuación de Juan Bautista. Según los evangelios, la actuación de Juan está centrada y organizada en función del pecado, denunciarlo, llamar a los pecadores a penitencia y ofrecer el bautismo de conversión.

Sin embargo, la preocupación primera de Jesús es el sufrimiento de los más desgraciados. No es que no le preocupe a Jesús el pecado, sino que para Jesús el pecado más grave y que mayor resistencia ofrece al Reino de Dios es precisamente causar sufrimiento o tolerarlo con indiferencia.

Para Jesús, la realidad sangrante no es la única realidad que existe, por eso su actitud no es el pesimismo, sino la confianza esperanzada. En esta humanidad muy marcada por la injusticia de los poderosos, está actuando Dios, transformando esta pobre existencia humana. Contemplemos la realidad con la mirada de Dios, mirada de misericordia, compasión, y demos testimonio que la última palabra no la tienen los poderosos de este mundo, sino, Dios, Padre de todos.